

JOSÉ JUAN BOTELLI

MÚSICO, POETA Y
NARRADOR SALTEÑO

Por Melina Chávez y Alejandro Tloupakis
Salta, 16 de agosto de 1995.



Botelli nació en Salta en 1923. Desde niño estudió música y comenzó a componer desde 1946. Entre sus obras populares, con letras de poetas salteños, se cuentan *Felipe Varela* y *Salteño viejo* (zambas con letra de José Ríos), *Zamba de Orán* (letra de Jaime Dávalos), *A Serapio Guantay* (letra de Juan Carlos Dávalos) y *La familia de Juanito Laguna* (milonga con letra de J. Ríos), entre otras; todas ellas grabadas por diversos intérpretes como Eduardo Falú, Ariel Ramírez, Horacio Guarani, José Larralde, Julia Elena Dávalos. También se dedica a la música de cámara: *Sonatina* (para piano), *Dos coplas* (para coro mixto), *La caja perdida* (suite para orquesta y piano) son algunas de sus obras. En el ámbito literario, publicó varios libros: *El canto del gallo* (cuentos, relatos y misceláneas), *De la tierra y el cielo* (poemas), *La historia del vino en Salta*, *El zumbido intelectual* (selección de notas publicadas en el diario *El Tribuno*, donde colabora hasta la actualidad), *Gallero viejo* (cuentos completos), etc. Por su extensa labor artística ha sido galardonado con numerosos e importantes premios.

Dos integrantes de GRAMMA lo visitaron en su casa en Salta. La polaridad Buenos Aires-Interior en la literatura argentina; la situación de la lectura en la era de la comunicación; el valor de los premios literarios; el mandato que recibe el escritor, como el profeta, de decir y de ser escuchado, y la presencia del tiempo en su poesía son algunos de los temas que surgieron en el diálogo que aquí reproducimos.

-Los escritores de las provincias se ven tentados de ir a la Capital para tener el reconoci-

miento de la "gran ciudad". Usted que siempre vivió en Salta ¿está de acuerdo con esto?

B. -Ellos son los distribuidores máximos, manejan la publicidad masiva, se da esa tentación de ir allá. Pero si hay calidad se puede llegar de aquí a todas partes, como llegó Dávalos, como llegó Castilla, de manera que es una pretensión un tanto vanidosa el hecho de querer ir a Buenos Aires, como para "figurar", nomás. Si uno es bueno es igual aquí o allá. Yo también caí en eso en la parte musical: en el '54, estuve en Buenos Aires el año entero, tratando de hacerme conocer. No me fue bien, me volví y resultó que desde acá se conocieron en todo el país mis zambas, como *Felipe Varela*, por ejemplo.

-Usted, que hace música y al mismo tiempo poesía, ¿siente alguna diferencia en la experiencia que dispara el acto de componer o el acto de escribir?

B. -Es una imposición similar. Yo hice las tres cosas: escribí, hice música y he pintado siempre, es como una necesidad; a veces uno necesita pintar, o hacer música. Literatura estoy haciendo siempre. Tal vez es lo más lindo por ser más popular, ya que todo el mundo sabe leer y, al momento de publicar ya te llega el eco inmediatamente, en tanto que la música siempre necesita un mediador y, si no hay quien la ejecute, las partituras quedan guardadas, como es el caso de mi *Tocata*. Tal vez la música popular sea mejor bienvenida, porque la tocan distintos conjuntos, que hacen recreaciones distintas y llega a todo el mundo porque se comercializa, mientras que lo clásico es más difícil de difundir. Una pieza que

compuse para orquesta, hace 40 años, recién va a ser estrenada en los próximos meses. Y la pintura tiene la ingratitud de la obra única, vendes el cuadro y no lo tienes más.

-Existe una clasificación bastante rígida en cuanto a una literatura urbana y otra rural. ¿Considera válida esta distinción entre la ciudad y la naturaleza?

B. -En el interior el escritor está más cerca de la naturaleza, por eso ella ocupa un lugar más preponderante en su literatura. En Buenos Aires conocen las vacas y las gallinas porque las ven en televisión. Acá convivimos con la naturaleza, que se siente con más intensidad. Dicen que los truenos se oyen más fuerte que en Buenos Aires.

-Es una constante en sus poesías el tema del tiempo ¿Por qué esa recurrencia?

B. -Yo vivo el tiempo como una obsesión constante, por ese oscilar entre la vida y la muerte. Mi constante es la de cantar la inmortalidad, que se da justamente en esa continuidad nuestra de padres, hijos, nietos. Escribí un poema al respecto, *Yo y el tiempo*, que nació de ver una foto mía a los 6 años, después otra de mi hijo chiquito y después me imaginé cómo mis hijos van a ver el retrato de sus hijos*. Así traté de definir la eternidad.

-¿No hay más inmortalidad que en la sucesión?

B. -Pienso que hay un misterio insondable y tengo una profunda fe y convencimiento de que hay Dios. Hay personas que creen en otra vida, otros en la reencarnación. Aquí hay una chica, la hija de Arturo Dávalos, que asegura que su padre está reencarnado en un minero de Inglaterra y yo le digo, ¿por qué no te vas a verlo? (risas).

-De todos modos, las personas quieren permanecer siempre en su ser, como dice Borges: *la piedra quiere ser eternamente piedra y el tigre, eternamente tigre*. Debe ser difícil, para personas que están creando constantemente,

* *El tiempo es este retrato/ de lo que fui de niño,/ el tiempo es este cuerpo /en que ando ahora / y será el agua en que me vaya / cuando esté ya muerto. /El tiempo es este hijo mío niño/ y será cuando él sea viejo,/ que así como yo soy en él/ y él será en otro,/ seré en todos los que vengan de mí: /yo y el tiempo.*

pensarse en otro ser. Nos vienen a la memoria la cantidad de genios artísticos que no han tenido hijos.

B. -Esa es la muerte en sí mismo. Yo canto a la continuidad de la sangre.

-¿Qué escritores son esos a los que vuelve siempre?

B. -Siempre vuelvo a Borges. Hay otros libros que jamás he vuelto a tocar, como el *Ulises*, que es aburridísimo, afianzándome en el mismo Borges que dijo que no es un libro para ser leído, sino que señala un hito en la historia, otra manera de leer. Siempre vuelvo a libros memorables como *La metamorfosis*. También a Steinbeck, a don Juan Carlos Dávalos, a Castilla, a Aráoz Anzoátegui y todo cuanto sale de la literatura lugareña, que es mucho, porque aquí está lleno de poetas nuevos. Aunque es raro el joven que permanece fiel a la literatura.

-¿Lee a los escritores actuales?

B. -A mí me gusta mucho García Márquez. Leí toda su obra y ahora estoy leyendo sus artículos periodísticos. Me parece brillante; son notas llenas de vida. En cambio, Cortázar no me ha llegado de la misma manera. Borges sí, por su originalidad, por su lucidez. Paz y Vargas Llosa tampoco me llegaron tanto, no tienen esa delicia de Borges. Esas frases tan geniales en sus respuestas al periodismo o en sus notas editoriales, como: "me dicen que gracias al apoyo oficial el folklore está llegando a la campaña". En las opiniones es muy agudo, como aquello sobre el *Cid*: "me dicen que está por salir una versión para adultos", cuando nadie se atrevió más que a elogiar esta obra.

Justo en el libro que leo de G. Márquez habla de cómo Borges perdió el Nobel, que hasta mayo era de él, pero se le ocurrió ir a almorzar con Pinochet y arruinó todo.

-¿Qué opina de los premios?

B. -Quieren ser objetivos, pero esto es imposible. Siempre hay simpatías. Le han dado este premio a autores que han escrito un solo libro, pero por política o por pertenecer a un grupo minoritario perseguido, ¿pero qué tiene que ver eso con la literatura? A Churchill se lo dieron porque ganó la guerra, no porque su obra literaria tuviera gran valor. Hubo muchas injusticias, como en el caso de Edison, en Física: qué hay más famoso

que una lamparita. Pensar que el premio se firma a la luz de una lámpara. Igual siempre hay que participar, a pesar de los amiguismos

—¿Y de la vuelta a los clásicos?

B. —Yo vuelvo siempre a ellos, generalmente después de leer poesía contemporánea, pues no logro entenderla, no me llega. Los clásicos son un deleite, sobre todo musical. Me acercan a esa música de la rima, la medida, el ritmo, cosa que es tan difícil hallar en la poesía libre, en la que también los grandes poetas lograron ese sentir rítmico, como Neruda.

—Y los jóvenes que están saliendo y que escriben poesía en Salta, también escriben esta poesía oscura, inentendible de la que nos hablaba?

B. —Estos jóvenes se dan mucha cuerda entre ellos. Hay un movimiento de poetas que escriben de esta manera que no llega a los viejos. Es más, se jactan de la idea de estar haciendo algo que uno no entiende, por la edad, o porque está en otra cosa. Los halaga no ser entendidos. Igualmente, hay algunos muy talentosos, como Jesús Vera, que realmente me gusta. Que no me lleguen no quiere decir que sean malos, prefiero dudar de mi juicio que de su poesía. Don Juan Carlos Dávalos contaba siempre esta anécdota: un poeta joven le acerca un poema para que opine, y él lo lee y le recomienda DDT, el insecticida, y le dice: "vamos a dedetizarlo. Empecemos por algunas palabras: ésta y aquella no van. Ahora le saquemos las comas, es decir, lo decomisemos".

Sin duda, esto también se da en la música. Hay música que no me llega ni me llegará nunca, como la dodecafónica. Pienso que todo arte es deleite, y debe ser primordialmente deleite, en tanto que yo escucho la música dodecafónica y sufro, ¿y por qué tengo que estar sufriendo? Lo mismo me sucede con alguna música actual, producto de la electrónica, muy fría.

—¿Los poetas salteños tienen relación con los de otras provincias o también pecan de esa miopía de la que se acusa a Buenos Aires?

B. —Los jóvenes de aquí hacen intercambios con Jujuy, Tucumán, Catamarca, se hacen conocer mutuamente.

—¿Qué posibilidades de publicar tienen los escritores norteos?

B. —Es muy difícil darse a conocer. Aquí hay una comisión bicameral que se dedica a la edición de obras. Uno acerca el original y ellos dictaminan su publicación, pero esto dura mucho tiempo, a veces dos y tres años.

Cuando yo era joven, como no tenía quien me publicara, decidí construir una pequeña imprenta. Entonces publiqué mi primer libro, compuesto a mano, letra por letra. Imprimía una página, la desarmaba y así sucesivamente. Me di el gusto de hacer mi propio libro en mi propia máquina. (*Orgulloso, Botelli nos muestra un ejemplar de esas ediciones. La última página reza: "Terminé este libro el 25 de abril de 1963 en mi taller de Necochea 556, en Salta. Lo compuse a mano y realicé la edición de 202 ejemplares en una Minerva que yo construí. Lleva dos xilografías de Jorge Román. En el armado me ayudó mi mujer"*).

Ahora publiqué todos mis cuentos en un solo libro. Sólo uno no puse, por ser demasiado fantástico, se llama *El inmortal*, como el de Borges y puede que eso haya pesado para que no lo haga.

—¿Todos sus cuentos rondan la temática realista?

B. —Sí, todos tienen relación con algo realmente ocurrido. *Gallero viejo* está tomado de una vivencia con César Perdiguero. Una vez fuimos a Rosario de la Frontera en mi auto. Él iba a hablar de Historia y yo a tocar el piano. A la vuelta él me contó su niñez de pobre: "Vos sabés que mi niñez fue muy desgraciada. Mi padre vivía en los reñideros y descuidaba su casa. A veces nos dejaba una semana entera; nunca traía un peso a la casa. Un día no teníamos qué comer y mi madre me manda a ver a mi padre: 'ya sabés dónde está' Entonces voy al reñidero y mi padre, que estaba con un gallo moribundo me dice: 'tomá, lleválo para que coman hoy'. Entonces al chico, más que el hambre, lo vence la piedad y empieza a cuidar al gallito hasta que se sana. La historia termina como el cuento: el gallo por fin puede cantar y la madre y el hijo se abrazan.

—¿Cuáles son los temas que más lo inspiran?

B. —En general, algún asunto que me parece original. Cosas que a uno le cuentan y que de hecho ya son un cuento.

—Se dice que cada vez se lee menos. ¿Cree que es real esta tendencia?

B. —Siento que cada vez se lee menos literatura, porque lo periodístico lo traga todo. La gente se dedica a leer los diarios, como si no estuviera dispuesta a una lectura más meditativa.

—¿Qué le aconsejaría a un joven que quiere dedicarse a escribir?

B. —Estar escribiendo constantemente, aunque se deseché. Escribir, desechar, escribir, desechar, así uno va creando su propio sentido crítico.

—¿Cómo saber que llegó el momento de publicar ese texto tantas veces corregido?

B. —Yo publiqué mi primer libro a los 34 años, aunque ya habían aparecido textos míos en los diarios. Pero me costó mucho, porque como yo era músico, los literatos se resistían a publicarme. El primer libro sale del criterio propio ya formado: "bueno, esto ya está listo". Aunque después de los años siempre viene algún pesar por esto. Aunque yo no me arrepiento de la simplicidad de mi primer libro, que mezclaba rima con prosa.

Don Juan Carlos (Dávalos), muerto en el '59, siempre nos animaba: "escribe eso, que es literario". Como un gran maestro, el que induce.

— ¿Cómo eran esas reuniones entre poetas?

B. —Nosotros teníamos, como los chicos de ahora, ese ánimo de colaboración y amistad. Uno de los centros de reuniones era la casa de Don Juan Carlos hasta que se murió. Era una especie de tertulia literario-musical. Él invitaba a gente joven y ahí nos conocimos todos: el negro Aráoz, el Cuchi Legizamón, Jaime Dávalos, José Ríos y tantos otros. Todos le llevábamos nuestras cosas a él para que las criticara. Muchas letras de zamba han nacido ahí. Fue un movimiento lindo, el de la tradición folklórica, en que aparecen muchos cantores y conjuntos, y ellos eran los difusores de lo que nosotros hacíamos, además ya lo teníamos a Falú. Don Juan Carlos tenía una memoria prodigiosa y empezaba a recitar sin errores a los clásicos. Si tengo que citar a un maestro, doy su nombre.

— ¿Se han perdido esas pasiones que reunían antes a los jóvenes?

B. —Ahora está todo muy disperso por los medios masivos, como la televisión, que inculca a los jóvenes las culturas foráneas y los masifica en

eso. Cuántas veces están cantando cosas en inglés sin saber lo que están diciendo. Lo económico siempre lo dirige todo.

—¿Se vive del arte?

B. —Yo siempre viví del arte. He recibido lindas liquidaciones por mi música, por los derechos de autor de mis zambas, por ejemplo. En lo literario, siempre he vivido de lo periodístico, me pagan cada nota que hago. Uno no podrá enriquecerse, pero sí vivir bien. También ejercí la docencia. Fui profesor de música y de castellano.

A otros les rinde más el arte, ¿cómo se llama el negrito ese que ahora es blanco y que vive multimillonario? Después ese otro que canta "El día que me quieras", que es rico. Aunque ahí lo que importa no es la música ni la voz, sino la publicidad. ¿Con qué arte se llenan estadios de miles de personas? ¿Qué poeta tiene esa convocatoria?



Mientras conversábamos, la tarde salteña fue deslizándose en la sala, recostando sombras en los estantes de la biblioteca. Con los restos del día, el anfitrión nos muestra fotografías de sus cuadros. Después enciende la primera lámpara, nos ofrece otro café y acepta con gusto nuestro último pedido: que toque en el piano la Danza irregular, una de sus composiciones más conocidas. Sentados en ese cálido ambiente, frente a la coreografía de los sonidos, el vivir se nos vuelve un placer y una pereza.